

era visible. Ni los mismos dioses osaban lanzar una mirada allí, contentándose con permanecer bastante lejos por debajo. Pero un momento después encontré allí siete sabios venerables sentados en samadhi. Creí que estos sabios debían haber trascendido, en saber y en santidad, en renunciación y en amor, no solamente a los hombres sino a los mismos dioses. Sobrecogido de admiración, me absorbí en su grandeza, cuando vi una parcela de esta región luminosa indiferenciada (*undifferentiated*); condensarse en la forma de un niño. El niño se aproximó a uno de los sabios, enlazó tiernamente su cuello con sus pequeños brazos, y dirigiéndose a él con voz seráfica, trató de hacer descender su espíritu de las alturas del samadhi. Este toque mágico despertó al sabio de su estado supraconsciente y fijó sus ojos semiabiertos en el niño maravilloso. La expresión gloriosa de su rostro denunciaba que aquel niño había debido ser el tesoro de su corazón. Alegremente, el extraño niño le habló: «Yo descendo. Tú también, tú debes descender conmigo.» El sabio permaneció mudo, pero su tierna mirada, denunciaba su asentimiento. Mientras que contemplaba al niño, cayó nuevamente en samadhi. Y entonces vi, sorprendido, que un fragmento de su cuerpo y de su espíritu descendía sobre la tierra, bajo la forma de una luz deslumbrante... No acababa de ver a Narendra cuando le reconocí por aquel sabio⁽¹⁾.

El visionario no dice quién fuera este niño; pero nosotros adivinamos—y los discípulos han obtenido de él la confesión—de que el niño es él. En efecto, él permaneció de por vida como el *Bambino* cuyos labios beben en los senos de la Madre, y que no se desprende de los brazos de *Notre Dame* más que por un instante, a fin de cumplir su destino propio; y este destino es, según él, enviar a los hombres un hombre mejor hecho que él para guiarlos y asumir el comando del ejército.

(1) Saradananda.

BENIGNO CUESTA (Hijo)

Agente en Manizales, Colombia

de los mejores diarios y revistas del país y del extranjero. Revistas de Modas. Máquinas calculadoras de bolsillo marca «Baby», Crema «Favorite» para afeitarse sin agua, sin jabón y sin brocha.

Universidad Interamericana de Nueva York de Enseñanza por Correspondencia. Solicite informes y muestras gratis ahora mismo.

Y juzgaba bien. A su gran corazón cargado de amor para darlo al mundo entero, hacía falta un cuerpo vigoroso, brazos como para ceñir la tierra y piernas para recorrerla, un equipo de trabajadores y la cabeza que ordena. Que el ardor de su voto haya hecho surgir del suelo la realización, no atestigua solamente su clarividencia y la potencia de su deseo, sino que la tierra de Bengala estaba madura y esperaba enfebrecida su llamado Vivekananda fue proyectado en el «siglo» por el alumbramiento mismo de la Naturaleza: era para esta forma del espíritu, la hora del parto.

No es menos admirable que Ramakrishna haya sabido ver inmediatamente en el adolescente incierto, atormentado, tempestuoso que entonces era Narendra, precisamente al futuro Jefe, al evangelista que él esperaba.

Todo el relato de sus primeros encuentros merece ser referido. Este ejerce sobre el lector una atracción semejante a la que Narendra experimentó a pesar de él y que a pesar de él le ligó al Maestro que le había elegido.

Pero hace falta ante todo esbozar el retrato de este joven genio, a la hora en que su meteoro entró y fué arrastrado para siempre en la órbita de Ramakrishna:

Provenía de una gran familia aristocrática *kshatriya*, y de su casta guerrera tenía y guardó siempre la marca. Había

nacido el 12 de enero de 1863, en Calcuta. Una madre muy cultivada, de real majestad, cuyo espíritu heroico estaba nutrido de las grandes epopeyas hindúes⁽¹⁾. Un padre que llevaba una vida fastuosa y agitada y que como un gran señor del XVIII siglo francés hacía gala de una independencia de espíritu casi volteriana y de una indiferencia por las castas que descansaba a la vez sobre su amplio sentimiento de humanidad y sobre la sonriente conciencia de su superioridad. Sin embargo, el abuelo, hombre de ley, rico e instruido, a los veinticinco años había abandonado mujer e hijos, altos empleos, fortuna y sociedad, para retirarse al bosque y convertirse en *sannyasin*; y jamás, desde entonces, se le había vuelto a ver...

Su niñez y su adolescencia son las de un joven príncipe artista del Renacimiento. Posee todos los dones—del cuerpo y del espíritu—, y los cultiva todos. Es de una belleza leonina, con las languideces y los arranques del felino. Posee la fuerza física. Está vaciado como atleta y es maestro acabado en todos los ejercicios. Sabe boxear, nadar, remar, y es un apasionado de la equitación. Es el favorito de la juventud y el árbitro de las elegancias. Danza con arte consumado las grandes danzas religiosas. Tiene una voz admirable, cuyos cantos arrebatarán más tarde a Ramakrishna. Ha estudiado durante cuatro o cinco años la música vocal e instrumental con célebres profesores hindúes y musulmanes. Escribirá melodías, un Ensayo documentado sobre la ciencia y la filosofía de la música inda. En todas partes se le reconoce como una autoridad musical. La música permanecerá para él «la puerta del templo»,⁽²⁾ el vestíbulo del Palacio Muy Alto. Se distingue en la Universidad por su brillante inteligencia, que abraza con el mismo ardor las matemáticas, la astronomía, la filosofía, las lenguas de la India y del Occidente. Lee los poetas ingleses y sánscritos. Devora las obras de Green y de Gibbon. Se le verá inflamarse por la Revolución Francesa y por Napoleón. Desde la infancia practica, como muchos niños indios, el ejer-

(1) No debe olvidarse la influencia de esta mujer sobre su hijo. Vivekananda, que le dijo tanto qué hacer en su educación—siempre fue un niño muy difícil—le guardó hasta su muerte un tierno culto. En América (fin de 1894), le rendía públicamente homenaje: a menudo hablaba de ella en sus conferencias, para exaltar a la mujer de la India; celebraba su imperio sobre sí misma, su piedad y su alto carácter. «Es mi madre—decía él—la que me ha dado inspiración constante, en mi vida y en mi obra.» La hermana Cristina, en sus Memorias inéditas, de las entrevistas íntimas de Vivekananda en América, da algunos detalles característicos sobre los padres:

De su madre, brava mujercita, había heredado su porte real y muchas de sus facultades intelectuales, su memoria extraordinaria, su pureza moral. A su padre debió su inteligencia, su sentido artístico y su compasión. Este noble indio, que pertenecía a la generación sumergida por el positivismo de Occidente, había perdido la fe. La creía una superstición. Admiraba las poesías de Hafiz y la Biblia como poema. Solía expresar este curioso dicho a su hijo, mostrándole los dos Testamentos cristianos: «Si alguna religión hubiera, estaría en este libro.» Pero no creía en el alma ni en la vida futura. Este hombre generoso hasta la prodigalidad que parecía abandonarse a un escepticismo sonriente y mundano, sufría de la vida; y cuando sorprendía las juveniles locuras de su hijo, decía: «Este mundo es terrible; que él lo olvide, si puede.»

(2) El templo de la diosa Sarasvati, patrona de las Artes.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente